

La inteligencia del nacionalismo

Chiño.

En los meses de primavera se llevó a cabo en Galicia una intensa negociación entre los sindicatos confederales gallegos y la Xunta de Galicia, gesto obligado del gobierno autónomo para no quedar al margen de las iniciativas adoptadas por otras administraciones tras la cumbre de Luxemburgo. Si bien hay que admitir que en el lenguaje sindical creamos cumbres de forma desafortunada, hasta el punto de concatenarlas en cortos espacios de tiempo dando lugar a macizos y cordilleras sindicales, aquí resistimos la tentación y no denominamos este proceso como la cumbre de Galicia o de Santiago. No obstante, el hecho de que el empeño por crear más y mejor empleo sea tenido en cuenta por los gobiernos es un reconocimiento a la sensibilidad y a la presión de los sindicatos. Hasta el Partido Popular tiene que admitir que el mercado no resuelve por sí mismo los graves desajustes de nuestras sociedades.

CC.OO., UGT y CIG como sindicatos confederales representativos saludaron positivamente la apertura de mesas y todo se fue desarrollando bajo el guión habitual: CC.OO. presenta profusamente todo tipo de iniciativas tanto en lo referente al empleo en los sectores públicos como en las empresas privadas, solicitando la creación de mesas, *submesas*, comisiones, *subcomisiones*, foros, *subforos* que permitan avanzar en acciones claras de mejora. UGT se adhiere con entusiasmo a lo que piden sus amigos confederales y CIG dice que lo de Comisiones y unas cuantas cosas más, no mentan bien cuáles pero en su momento las explicitarán para demostrar que la Xunta de Galicia no tiene deseos algunos de alcanzar acuerdo de ningún tipo, que ellos ya lo advierten y que tome todo el mundo nota. El guión continúa con la retirada de la CIG tras unas cuantas semanas de negociación, argumentando las razones fatalistas que con tanto entusiasmo proclamaron en los inicios, que ellos ya advertían y que el que advierte no es traidor. CC.OO. y UGT prosiguen y en el mes de julio se cierra el acuerdo, incluyendo múltiples iniciativas en el terreno del empleo, para crearlo, para mejorarlo, comenzando por la propia Administración autonómica. La secuencia se completa con una descalificación de la CIG del Acuerdo y con una defensa de los firmantes del contenido de los documentos.

Todo resultaba tan normal como previsible, ajustándose cada uno a su papel. La polémica inesperada surgió en septiembre, cuando, ejecutándose el capítulo de salud laboral, la CIG envía un escrito solicitando su adhesión al Acuerdo, no a todo el Acuerdo ni a la mitad del Acuerdo ni a tres octavos del Acuerdo: sólo firmarían el apartado de salud laboral. Esta repentina inquietud por reducir el elevado número de siniestros laborales que nos confinan en los últimos lugares de Europa en seguridad y prevención de riesgos, este altruismo benefactor de la CIG se traducía en compartir los dineros que se arbitaban para llevar adelante cursos de formación de delegados en esta materia. La petición de sumarse a un cachito, pequeño pero sustancioso, del Acuerdo fue obviamente desestimada por los firmantes, lo que provocó una reacción con interjecciones del sindicato nacionalista en conjunción con el Bloque Nacionalista Galego. Como necesitados de valedores ajenos al sindicalismo, la CIG echó mano de uno de los artífices de la Declaración de Barcelona, **Xosé Manuel Beiras**. En la rueda de prensa vomitaron sapos, culebras y pecados, acusando a la Xunta, a los empresarios y, sobre todo, a los sindicatos firmantes, de colaboracionismo con el Partido Popular, de vender a los trabajadores en un nuevo acto ignominioso y de españolismo en grado mortal.

Las acusaciones tampoco subían mucho más el tono de las lindezas con que se despachan a menudo, convencidos como están de que un buen sindicalista, según los manuales de la arqueología sindical, ha de propinar insultos y descalificaciones para afirmarse como tal, un sindicalista competente tiene que adornar su extenso discurso con chascarrillos y frasecillas punzantes e hirientes, de las que hacen reír y despistar a la concurrencia ante la ausencia de soluciones. Partido y sindicato, sindicato y partido, correa y transmisión, cárdan y palier, caja de cambios y motor nacionalistas, todos en la misma causa, cargaron de lo lindo. La exquisitez se la reservó nuestro Arzalluz particular, al afirmar que con el nacionalismo todo cambiaría, todo sería diferente. Literalmente proclamó *que el advenimiento del nacionalismo supondrá la llegada de la inteligencia*, que una se derivaba directamente del otro y que todo sería mejor, como el final de las películas americanas.

La tesis del portavoz del BNG es inusitadamente novedosa y amplía el registro filosófico y antropológico de la condición humana: vivimos en un mundo de necios y mentecatos, nuestra torpeza nos impide ver más allá del dato empírico cotidiano, nunca llegaremos a interpretar los movimientos sociales, el nacionalismo nos hará libres y, además, listos. El acceso a los bienes culturales, las nuevas áreas de conocimiento, el avance en investigación y desarrollo, sólo serán posibles abandonando nuestra actual forma de entender, desprendiéndonos de las ropas de ese hombre viejo y contemplar el devenir de la historia futura desde la nueva fe, desde el credo que todo lo explica, que todo lo entiende, que a todos complace.

Desde este nuevo estadio estará al alcance de cualquiera desentrañar las contradicciones, las antinomias cotidianas, en definitiva, las dialécticas sociales. Así, ya en la actualidad se puede proclamar uno marxista y, al mismo tiempo, keynesiano; de pura izquierda económica estatalista y socialdemócrata línea Solchaga. Todo será posible e integrable: uno podrá ser hincha del Deportivo y al mismo tiempo accionista del Celta, sin desprendimientos interiores, sin traumas ni taras psicológicas. En cuanto a las salas de la audiencia, las restringiremos sólo a las capitales de provincia, brindando la posibilidad de que las ciudades no capitales puedan llegar a esta consideración de capitalidad sin aumentar el número de ellas. Tendremos tres universidades de primera, con otras tres o cuatro nuevas universidades de segunda B, a las que dejaremos fichar profesorado internacional para subir el nivel. El paraíso, señor, señora, al alcance de su entendimiento. ¿Desea acaso satisfacer alguna otra disyuntiva social o política? Sin problema se la resolveremos. ¿Qué opinión nos merece la cesión del treinta por ciento de IRPF? Que nosotros no estamos ni a favor ni en contra, que lo propuso Pujol y que por lo tanto está bien y un poquito mal, o mal y un poquito bien, según se mire, no como las cosas del Partido Popular y bastantes del PSOE que siempre están mal y mal. A nosotros nos gustaría más el 29,5 o el 30,5 %, por precisar un poco más. ¿Que Pujol pide el 100 por 100 de la recaudación de impuestos en Cataluña? No hay problema, pondremos a funcionar la Declaración de Barcelona y todos amigos.

Aparte de que algún día desvelaremos las propuestas en materia de empleo, de crecimiento económico, de medidas de contratación, de incremento de producción y de la riqueza, porque poseemos sobre todo, inteligencia. No me lo niegue: ¿a que es de listos pedir el cachito de formación del Acuerdo?